

ARCHIVO VALLEJO

Revista de Investigación del Centro de Estudios Vallejanos

Vol. 2, n.º 4, julio-diciembre, 2019, 155-183

ISSN: 2663-9254 (En línea)

DOI: 10.31381/archivoVallejo.v2n4.5190

## **El paradigma de justicia en *Los heraldos negros*: «un latido único de corazón; un solo ritmo»**

The Paradigm of Justice in *The Black Heralds*:  
«a single heartbeat; a single rhythm»

NILTON CÉSAR VELAZCO LÉVANO

Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas

(Lima, Perú)

pchunvel@upc.edu.pe

<https://orcid.org/0000-0001-8809-9022>



### **RESUMEN**

En este artículo se presentan algunas claves que permiten evidenciar la formulación del paradigma de justicia y el sentido utópico de humanidad que de ella se desprende en *Los heraldos negros* de César Vallejo. Dicho paradigma se construye a partir de su estética cuajada desde la vivencia andina, familiar, social, cultural, antropológica, histórica, política y jurídica. Esta obra poética resulta fundacional para todo el corpus vallejiano y marca el derrotero de lo que sería su peculiar humanismo y sus ansias de una *justicia humana*, que se constituye en el hilo conductor de toda su obra. Por ello su mensaje resulta vigente y urge que sea anunciado y revalorado.

**Palabras clave:** paradigma de justicia, humanismo, utopía vallejana.

## ABSTRACT

In this article we present some keys that allow to demonstrate the formulation of the paradigm of justice and its utopian sense of the humanity that develops César Vallejo in *The Black Heralds*. This paradigm is constructed from its aesthetics curdled from the Andean, family, social, cultural, anthropological, historical, political and juridical experience. This poetic work is a foundation for the whole corpus Vallejiano and marks the course of what would be its peculiar humanism and its cravings for human justice, which constitutes itself in the thread of all its work. Therefore, his message is effective and urgent to be announced and revalued.

**Key words:** paradigm of justice, Humanism, Vallejana utopia.

Recibido: 29/06/19    Aceptado: 20/07/19

## 1. LA INJUSTICIA COMO «GOLPES EN LA VIDA»

Desde el inicio de su obra poética, para César Vallejo la injusticia se constituye en el castigo que debe soportar el hombre como consecuencia del pecado original. La injusticia es una desgarradora experiencia que empieza en el nacimiento y se prolonga a lo largo de la existencia: «Yo nací un día / que Dios estuvo enfermo. // Todos saben que vivo, / que soy malo; y no saben / del diciembre de ese enero. / Pues yo nací un día / que Dios estuvo enfermo» (160)<sup>1</sup>. Durante toda su vida, Vallejo

---

1 Cabe indicar que para evitar la redundancia de la cita de la misma fuente, todos los poemas citados en este artículo han sido tomados de *Poemas completos* (Vallejo

se sintió incomprendido, sin lugar, sin espacio, y esa es otra evidencia de la injusticia que le tocó experimentar:

Todos saben que vivo,  
que mastico... Y no saben  
por qué en mi verso chirrian,  
oscuro sinsabor de féretro,  
[...]  
Todos saben... Y no saben  
que la Luz es tísica,  
y la Sombra gorda...  
Y no saben que el Misterio sintetiza...  
que él es la joroba  
musical y triste que a distancia denuncia  
el paso meridiano de las lindes a las Lindes (160-161).

La tragedia de estar vivo le ocasiona al poeta un vacío orgánico, físico, anímico, insoportable, que nadie más es capaz de palpar y que lacera su alma como una gran hoguera que calcina sus días y sus noches: «Hay un vacío / en mi aire metafísico / que nadie ha de palpar: / el claustro de un silencio / que habló a flor de fuego» (160).

Luego de superar el trance doloroso de haber nacido, el poeta persiste en que la injusticia es como un gran golpe, que le pone los «ojos locos» y lo deja sin saber qué hacer, sin saber reconocerse, es como el golpe que le anuncia la muerte, relatada en el poema «Los heraldos negros»: «Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé! [...] // [...] y todo lo vivido / se empoza, como charco de culpa en la mirada» (73). La culpa de vivir y la injusticia humana

---

1998), por lo que en cada cita del verso se colocará solo el número de página que corresponde a la ubicación del poema en el mencionado libro. También este artículo toma como base los estudios realizados por el suscrito en su libro *Ya va a venir el día, ponte el alma. El humanismo jurídico-político y el paradigma de justicia en la obra de César Vallejo* (2018).

lo atormenta y lo desgarrar, y desde allí mira la vida con dolor compasivo y cuestionador.

Si para Vallejo nacer a la vida resulta un acto de injusticia, morir también lo es; mucho más todavía cuando mueren los seres queridos. Así lo expresó en diversos poemas, pero hay uno en particular en el que el poeta se refiere a la muerte de su madre, la cual le pareció la muerte más injusta y más cruel: es el poema «Yeso». Cuando visitamos la tumba de los padres y otros familiares de Vallejo en el cementerio de Santiago de Chuco observamos que los nichos son de cemento y están cubiertos de yeso blanco al que, una vez seco, se les coloca los nombres de los muertos que allí reposan. Es precisamente así como tituló Vallejo a su poema: «Yeso», el cual narra las veces en que el poeta concurría al cementerio a visitar a su muerta amada y arrebatada de la vida injustamente, su madre: «Silencio. Aquí se ha hecho ya de noche, / ya tras del cementerio se fue el sol; / aquí se está llorando a mil pupilas: / no vuelvas; ya murió mi corazón. / Silencio. Aquí ya todo está vestido / de dolor riguroso; y arde apenas, / como un mal kerosene, esta pasión» (106). Vemos pues que el luto por la ausencia de su madre es tan inmenso como el tamaño de una catedral: «Amada! Y cantarás; / y ha de vibrar el femenino en mi alma, / como en una enlutada catedral» (106).

De igual modo, «Ausente» es el poema que expresa el sufrimiento y laceración que causa la ausencia de sus seres queridos: «Ausente! La mañana en que me vaya, / más lejos de lo lejos, al Misterio, [...] // [...] y sufrirás, y tomarás entonces / penitentes blancuras laceradas» (85). El poeta siente «una jauría de remordimientos» (85) y se siente ingrato por no haber amado más a su madre y le pide perdón: «¡Forja allí tu perdón para el poeta, / que ha de dolerme aún, / como clavo que cierra un ataúd! [...] // [...] al ver lejos, aviado con recuerdos / mi corsario bajel, mi ingratitud» (106). Pero, a su vez, le pide a su madre reconciliar

su culpa, sanándolo con su justicia materna: «Desclávame mis clavos ioh nueva madre mía!» (79).

Injusto también es para el poeta quedarse sin hermanos, sin compañía, sin alma y «corazón gemelo», como lo expresa en su poema «A mi hermano Miguel»: «Hermano, hoy estoy en el poyo de la casa, / donde nos haces una falta sin fondo! [...] // [...] Y tu gemelo corazón de esas tardes / extintas se ha aburrido de no encontrarte. Y ya / cae sombra en el alma» (157). La pérdida de su madre, de su padre y de su hermano Miguel fue para Vallejo la experiencia personal y familiar más desgarradora. Sus padres fueron los que le inculcaron la fe y la experiencia religiosa, sus padres le transmitieron y le presentaron a un Dios bondadoso y amoroso, entonces no se explicaba cómo y por qué Dios se los había arrebatado. Esta experiencia de duelo familiar coloca nuevamente al poeta en un enfrentamiento acusador y decepcionado sobre Dios, es por ello que en el poema «Los dados eternos», le reprocha a Dios: «tú no tienes Marías que se van!».

Como se aprecia, Vallejo en *LHN* reflexiona y expone su paradigma de justicia, siguiendo la tradición de los filósofos de la antigüedad, pues hace una reflexión política, crítica, histórica, ética y estética de la justicia a partir de lo contrapuesto a ella: la injusticia. El proceso evolutivo de Vallejo con la justicia/injusticia si bien se inicia con su experiencia personal y familiar, se abre luego a la experiencia con el entorno social, político, económico y laboral de la coyuntura que le tocó vivir. La vivencia en sus aires natales de Santiago de Chuco le permite dar el paso y abrirse a la inmensidad y complejidad de la vida y hace de ella una recreación para presentar ese binomio que resulta inseparable para él: justicia/injusticia, como se expone a continuación.

## 2. JUSTICIA /INJUSTICIA: CONTEXTOS Y PERSPECTIVAS

Desde *LHN*, la perspectiva histórica, cultural, económica y política adquieren con Vallejo un significado universal y permanente, con hondura y consistencia antropológica, considera a la historia como un proceso dinámico en el que la persona no es simplemente un ser aislado de los demás, sino en dependencia e interacción constante.

El poemario *Los heraldos negros* hace patente que la solidaridad histórica que Vallejo plantea no es un término estático y vacío, sino dinámico y activo; se trata de reformular el lenguaje para que ayude a desentrañar los sentidos y significados de la historia. Desde esa perspectiva asume que la experiencia de la invasión española sobre tierras incas, aunque traumática, no amilanó a los pueblos indígenas: «y a flor de humanidad floto en los Andes / como un perenne Lázaro de luz. // Yo soy la gracia incaica que se roe / en áureos coricanchas bautizados / de fosfatos de error y de cicuta. / A veces en mis piedras se encabritan / los nervios rotos de un extinto puma. // Un fermento de Sol; / ilevadura de sombra y corazón!» (119). Vallejo parece anunciar que el orgullo, la identidad y el sentir indígena resucitarán una y otra vez, a pesar de siglos de crueldad, dominación y alienación cultural, religiosa, política y social. Esa resurrección se mantendrá viva porque dichos pueblos seguirán hablando sus idiomas propios y originales; seguirán creyendo en la Pachamama y en la Yakumama y continuarán practicando las faenas comunales y solidarias. Vallejo no se equivocó.

Asimismo, el santiaguino plantea en su poema «Aldeana» que la realización del ser humano histórico será posible cuando se asuma desde sus orígenes culturales: «De codos yo en el muro, / cuando triunfa en el alma el tinte oscuro / y el viento reza en los ramajes yertos / llantos de quenas, tímidos, inciertos, / suspiro una congoja, / al ver que en la penumbra gualda y roja / llora un trágico azul de idilios muertos!» (123). Se aprecia, pues, que

la solidaridad histórica que posee Vallejo está presente desde el inicio de su obra poética y ello le permite asumir una perspectiva local y global a la vez. Allí se funda su mensaje: universal y vigente al mismo tiempo.

De otro lado, la soledad, la indiferencia, la discriminación, el abandono, son expresiones también de la injusticia que a Vallejo le tocó vivir y de lo que le tocó morir; «Ágape» es una muestra de ello: «Hoy no ha venido nadie a preguntar; / ni me han pedido en esta tarde nada. // [...] En esta tarde todos, todos pasan / sin preguntarme ni pedirme nada. // [...] Porque en todas las tardes de esta vida, / yo no sé con qué puertas dan a un rostro, / y algo ajeno se toma el alma mía. // Hoy no ha venido nadie; / y hoy he muerto qué poco en esta tarde!» (128). Para Vallejo, la indiferencia de las personas por sus semejantes es una manera también de ser injustos, pues resquebraja la hermandad y la solidaridad.

Los efectos de la injusticia que experimenta el poeta en su vida personal y familiar, y que observa además del contexto social, económico, laboral, político y cultural de su tiempo, no lo amilanan ni lo dejan desarmado y sin alma; sino que, por el contrario, le generan un *élan vital* que lo anima y lo impulsa a construir un mundo nuevo con una justicia humana.

Cabe indicar que se insiste en el aspecto histórico de la obra de Vallejo porque los críticos negacionistas del poeta han considerado que no es posible poetizar sin una base antropológica e histórica concreta; Vallejo demostró no solo que sí es posible, sino además necesario. Ello se evidenció mucho más cuando se adhiere formal, política y estéticamente al marxismo y comunismo, lo que se expresa sobre todo en sus *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*.

### 3. SIMBOLOGÍA VALLEJIANA DE LA INJUSTICIA

En *LHN* y a lo largo de su obra poética, Vallejo tiene varias formas de simbolizar a la injusticia, muchas de ellas relacionadas con elementos de la naturaleza, como es el caso de la serpiente que representa la maldad humana, pues se trata de un animal rastrero que acecha y ataca desprevenidamente. En su poema «Comunión», animaliza a la injusticia, señalando que ella es como una «víbora del mal» (78). De igual forma, en su poema «Capitulación», la injusticia es esa gran serpiente que en términos vallejianos ataca y corroe la vida: «Y desde aquel combate, de noche entran dos serpientes esclavas a mi vida» (136). La injusticia termina esclavizando, enfermando, asustando, agobiando y torturando a quien la padece. En el poema «Absoluta» la injusticia está regada en el camino de la vida cual serpientes dispuestas a atacar: «Y al encogerse de hombros los linderos / en un bronco desdén irreductible, / hay un riego de serpientes» (134).

La injusticia es también como ese gran insecto que perturba el pensamiento y la acción humana, descrita en el poema «La araña»: «Es una araña enorme que ya no anda; / una araña incolora, cuyo cuerpo, / una cabeza y un abdomen, sangra. // [...] Es una araña enorme, a quien impide / el abdomen seguir a la cabeza» (91). La injusticia no permite al hombre tomar buenas decisiones, ya que «impide el abdomen seguir a la cabeza» y hace desangrar el alma, desgarrando las esperanzas más férreas. Es una experiencia que se hace «enorme» cuando no se puede con ella, pues coloca al hombre solo contra el mundo. Al mismo tiempo, Vallejo sabe de las contradicciones humanas, puede ser un hombre justo (Mano) pero injusto a la vez (araña), como lo plantea en su poema «Unidad»: «Sobre la araña gris de tu armazón, / otra gran Mano hecha de luz sustenta / un plomo en forma azul de corazón» (151). Es decir, Vallejo, no idealiza al hombre, sabe que el hombre se equivoca, que no se compromete plenamente, que es ambicioso, que

tiene limitaciones; pero a su vez es comprensivo con él: «yo ya comprendo... / comprendo la humana ecuación de tu amor» (148). Es desde esas contradicciones humanas que sigue apostando por el hombre como realizador de la justicia en el aquí y en el ahora. Vallejo no quiere un hombre perfecto, sino que lo quiere humano, plenamente humano; Vallejo es consciente de las contradicciones humanas y de la vida misma: «Así pasa la vida, como raro espejismo» (129). El poeta no rechaza esas contradicciones e imperfecciones humanas, sino que las acepta y señala que, por ello, el desafío por lograr la justicia es mayor, porque muchas veces el enemigo mayor y principal es la ambición y el egoísmo humano.

Otro insecto que simboliza la injusticia es la mosca. Vallejo la llama la «mosca llorona» (155) que, como tal, representa la suciedad y la pestilencia y es además persistente y molesta, indeseable en el hogar y en la sociedad. Es un insecto que no se deja atrapar, no tiene rumbo fijo, se detiene sin avisar y entra a la vida sin pedir permiso. Es un insecto que transmite enfermedades, plagas y pandemias. Así de expansivos son también los efectos de la injusticia. La injusticia es una mosca llorona porque sus efectos causan sufrimiento y llanto en quienes la padecen.

La injusticia cobra forma también de avestruz, aquella ave portentosa, poseedora de dos poderosas garras y una gran velocidad, así lo describe en su poema «Avestruz»: «Melancolía, basta! Cuál beben tus puñales / la sangre [...] // Mi corazón es tiesto regado de amargura; / [...] Melancolía, deja de secarme la vida» (86). En este poema señala el daño irreparable de esa injusticia, la cual genera tristeza a tal punto que le seca la vida.

Vallejo además simboliza a los injustos, estos son como aquellos «perros» que aúllan y anuncian la fatalidad ante un mundo cada vez más indolente, como lo expresa en el poema «Sauce»: «con timbres de aceros en tierra indolente, / cavarán los perros, aullando, un adiós!» (84). Sufrir la injusticia hace al hombre

sentirse muerto en vida y su propia tumba es cavada por esos perros que aúllan incesantemente, que no lo dejan tranquilo, que le atormentan la vida. Así son los efectos emocionales y existenciales de la injusticia cuando se padece.

Vallejo utiliza otro elemento de la naturaleza para simbolizar la injusticia, esta también tiene forma de lluvia, este fenómeno natural que le permite recrear los efectos expansivos de la injusticia que hace que todos se mojen cuando cae, como lo expresa en el poema «Lluvia»: «En Lima... En Lima está lloviendo / el agua sucia de un dolor, / qué mortífero [...] // Mas, cae, cae el aguacero / al ataúd de mi sendero, / donde me ahueso para ti...» (148). La lluvia de Lima, a diferencia de la lluvia de su Santiago añorado, es considerada una lluvia «sucia», pestilente, dañina, dolorosa, mortífera, como si quisiera expresar la discriminación y el racismo que experimentó en la capital por su condición de hombre de campo, serrano y de ancestros indígenas. Lima fue la ciudad que lo excluyó y fue el lugar donde sintió «Esos golpes sangrientos [...] de algún pan que en la puerta del horno se nos quema» (73). Lima representa el lugar de ese país injusto, excluyente y desigual, que mata a la gente de pobreza y de hambre. Lima fue el lugar donde no tuvo lugar, donde no le permitieron ser, donde no le permitieron vivir, sentir, amar y seguir siendo poeta: seguir siendo humano.

Otro símbolo de lo injusto en términos vallejianos es el trago amargo que nos hace doler hasta las entrañas, como lo manifiesta en el poema «La copa negra»: «La noche es una copa de mal. Un silbo agudo / del guardia la atraviesa, cual vibrante alfiler / [...] ¿cómo, si ya te fuiste, / la onda aún es negra y me hace aún arder? [...] // Mi carne nada, nada / en la copa de sombra que me hace aún doler» (103). La injusticia despoja a la persona hasta de su propio ser, haciéndole sentir que es «nada» y eso le causa un dolor que arde y que inflama sus más recónditos espacios de humanidad.

Para Vallejo, si existe un personaje que representa al injusto ese es Atila, aquel despiadado emperador que gozaba mandando a matar: «Serán tal vez los potros de bárbaros atilas» (73). En su poema «Los heraldos negros», Atila es un hombre sin compasión, sin piedad, sin amor; así son los injustos, son como «los heraldos negros que nos manda la Muerte» (73). Se evidencia, pues, que desde el inicio de su obra poética, Vallejo asumió que el «heraldo negro» (la injusticia) anuncia la llegada de la muerte. El ser humano víctima de la injusticia se siente muerto, sin vida, sin posibilidad ni deseos de seguir viviendo.

Asimismo, el poeta dialoga con la estación del verano y le confiesa lo injusto que es morir o irse de vida. Así lo escribe en su poema «Verano»: «Verano, ya me voy. Y me dan pena / las manitas sumisas de tus tardes. / [...] y ya no encontrarás en mi alma a nadie. // [...] tengo una rosa que te encargo mucho; / la regarás de agua bendita todos / los días de pecado y de sepulcro» (99). En esas circunstancias, le pide al verano que no se apene, ya que, a pesar de toda la adversidad que supone la injusticia, él renacerá: «Ya no llores, Verano! En aquel surco / muere una rosa que renace mucho...» (99). Vallejo da señales de que la injusticia no tiene la última palabra, no vence del todo.

Vallejo también simboliza la injusticia con aquello que el organismo elimina al defecar: las heces, aquella materia que genera un olor pestilente, así es la injusticia que anida en el ser humano, y así titula un poema suyo, en el que se manifiesta el desgano de vivir y el profundo dolor que causa la injusticia: «[...] y no / tengo ganas de vivir, corazón. // [...] Y yo recuerdo / las cavernas crueles [...] // Y pondrá el silencio de su dignidad / con óleos quemantes el punto final. // [...] en la abrupta arruga de mi hondo dolor. // Esta tarde llueve, llueve mucho. ¡Y no / tengo ganas de vivir, corazón! (101). De esta manera, Vallejo recalca las consecuencias fatales de la injusticia para el alma y el cuerpo.

Pero así como Vallejo simboliza a la injusticia de diversas formas y la recrea e inventa nuevos términos para definirla y exponer sus nefastas consecuencias en el hombre, para el poeta —en su propósito de cambiar y mejorar la historia— no es suficiente que se inventen nuevas palabras o recrearlas (Espergesia, Enereida, Heces, Huaco, Nervazón, Yeso); sino que estas deben construirse desde nuevos y profundos sentidos que hagan más humana a la persona, y por tanto que humanice su historia. Es decir, Vallejo, buscaba no solo la palabra nueva, sino además la palabra justa, precisa, exacta, humana.

#### **4. PILARES DEL PARADIGMA DE JUSTICIA EN LOS HERALDOS NEGROS**

En esta parte se exponen los pilares que sustentan y caracterizan el paradigma de justicia que Vallejo formula en *Los heraldos negros*. Estos tienen que ver no solo con aspectos concretos (el amor, la esperanza, la solidaridad, el sentido crítico), sino además con dos personajes protagónicos de dicho paradigma: el campesino y la madre.

##### **4.1. El amor: «Hay ganas de volver, de amar, de no ausentarse»**

El paradigma de justicia del Vallejo de *Los heraldos negros* se fundamenta en el amor fraterno. En su poema «Las piedras» presenta a los pobres como aquellos que ansían y reclaman justicia y estos son personificados como «las piedras» en su humildad y en su necesidad de amor: «Las piedras no ofenden; nada / codician. Tan solo piden / amor a todos, y piden / amor aun a la Nada» (142). A esos pobres es que Vallejo quiere servir y quiere amar, como lo escribe también en «Los anillos fatigados»: «Hay ganas de volver, de amar, de no ausentarse» (146). Incluso Vallejo quiere amarlos, como ama Dios: «y que yo, a manera de Dios, sea el hombre / que ama y engendra sin sensual placer» (149).

El amor es la base y es el sustento de toda justicia, con Vallejo se hace justicia amando, nos hacemos justos realizando actos de

amor. Para el poeta no es suficiente la idea platónica de la justicia, sino que es necesaria la práctica aristotélica de esta. Junto con el amor son «verbos plurales» que se hacen, que se multiplican y que se comparten. Obras son amores y no buenas razones, dice el dicho popular. Para Vallejo, al estilo de San Ignacio de Loyola, el amor se debe poner más en las acciones, que en la palabra:

con sus alas blancas de hermana de caridad [...]

es tu amor  
que resonando va en la Eternidad. [...]

[...] dos avances de amor  
que se tienden y ruegan infinito, eterna vida,  
cante, y eche a volar Verbos plurales,  
girones de tu ser,  
a la borda de sus alas blancas  
de hermana de caridad ioh, padre mío! (158).

Todos saben que vivo,  
que mastico... Y no saben  
por qué en mi verso chirrian,  
oscuro sinsabor de féretro [...]

Todos saben... Y no saben  
que la Luz es tísica,  
y la Sombra gorda... (160-161).

A pesar del desgarró anímico que ocasiona la injusticia, Vallejo no se queda en el dolorismo ni en la pena, sino que lo supera con recóndita ternura de aquel abrazo fraterno que calma la sed de justicia, como escribe en el poema «Comunión»: «Tus brazos dan la sed de lo infinito» (78). La justicia es también ese cariño que no muere nunca, como lo plantea en su poema «Fresco»: «Y si hay ya mucha hiel en esas sedas, / hay un cariño que no nace

nunca, / que nunca muere» (105). El afecto amoroso y cálido que envuelve la justicia lo recalca en «Los heraldos negros»: «como / cuando por sobre el hombro nos llama una palmada» (73). Esa palmada en el hombro se convierte en un gesto humanizador, redentor, liberador y consolador, ante tanta injusticia, ante tantos «golpes en la vida».

Desde su postura de plantear soluciones concretas ante la injusticia, el amor en el paradigma de justicia que formula Vallejo en *Los heraldos negros*, le impulsa a buscar respuestas que permitan paliar las carencias sociales, y lo hace con el mayor de los afectos, pues busca una justicia amorosamente humana: «Se quisiera tocar todas las puertas, / y preguntar por no sé quién; y luego / ver a los pobres, y, llorando quedos, / dar pedacitos de pan fresco a todos. // [...] quisiera yo tocar todas las puertas, / y suplicar a no sé quién, perdón, / y hacerle pedacitos de pan fresco aquí, en el horno de mi corazón...!» (132-133).

#### **4.2. La esperanza: «blancuras por venir»**

Aun cuando la vida parezca toda injusticia, aun cuando despoje al hombre de sus seres queridos, aun cuando pretenda dejarlo sin aliento y sin ganas de vivir, Vallejo siempre creará en que la justicia es fruto de la paz y hará de «las tardes blancuras por venir» (124), como lo escribió en «Idilio muerto» y apostará para que la justicia sea posible: «He soñado una fuga. Y he soñado / [...] A lo largo de un muelle, alguna madre; / y sus quince años dando el seno a una hora» (83). Vallejo anhelaba y recordaba el arribo de la justicia, y por eso «El corazón danzaba» (127). Ello le permite resistir y persistir, sin dejar que los tormentos que le causan la injusticia y la deshumanización del hombre le hagan perder su misión en la vida: ser el poeta de la justicia: «Cuando las sienes tocan su lúgubre tambor, / cuando me duele el sueño grabado en un puñal, / ¡hay ganas de quedarse plantado en este verso!» (146).

Desde *Los heraldos negros* se avizora el marxismo y la postura política de Vallejo, aunque en esta etapa sea más marcada la influencia de lo religioso sobre él, ya va dando señales de que si bien es un hombre de esperanza cristiana, es también un político en formación y en potencia. En ese sentido, consideramos que lo religioso y lo marxista están presentes en Vallejo desde el inicio de su obra poética. El poeta santiaguino hace síntesis de estas propuestas doctrinarias, pues para él no resultan opuestas, ya que entiende que tanto el marxismo como el cristianismo creen en la persona histórica, y para él lo religioso y lo político son términos indesligables y conciliables. Su talante y potencial marxista le otorga una dimensión política a su esperanza y a su anunciada utopía justiciera.

#### **4.3. El sentido crítico: «Hasta cuándo estaremos esperando lo que no se nos debe»**

El sentido crítico, muy presente en Vallejo desde su obra poética fundacional, guarda relación con la postura política antes descrita. Se advierte que este es parte de la naturaleza rebelde de su estética justiciera. Es un sentido crítico que pretende revelar una verdad y rebelar y sacudir los deseos y aspiraciones humanas. El sentido crítico vallejiano ha sido muchas veces mal entendido o mal interpretado, acusando a Vallejo de pesimista, quejoso y deprimente, todo lo cual resulta inexacto. Vallejo fue el poeta de la esperanza, como ya se mencionó anteriormente, pero no era un iluso, no era un conformista, detestaba la mediocridad y la falta de profundidad en el análisis y en el entendimiento de los procesos humanos, sociales, políticos y económicos. Vallejo va a fondo, y eso requiere para él ser un crítico en el sentido más pleno del término y de la acción. Su crítica no era resignada o anarquista. Su sentido crítico era propositivo, revelador y profético sobre asuntos existenciales, religiosos, de estilos de vida e históricos, como a continuación se precisa.

Ante tantos «golpes en la vida» Vallejo se cuestiona en su poema «Desnudo en barro»: «¡Quién tira tanto el hilo; quién descuelga / sin piedad nuestros nervios» (135). El poeta quiere saber quiénes son los que ocasionan tanta injusticia, va a las causas para a partir de ellas buscar una solución, no superficial, sino estructural, transformadora plenamente. Vallejo ya no está dispuesto a vivir para sufrir, por ello reclama: «[...] desclava mi tránsito de arcilla; / desclava mi tensión nerviosa y mi dolor...» (79). Su sentido crítico le permitió no ser conformista y resignado. No existe en él determinismo alguno que le impida transformar, cambiar, recrear. Todo está por hacerse, todo está para hacerse.

La crítica vallejiana va a lo concreto, así, en el poema «El pan nuestro», manifiesta su crítica sobre la desnutrición infantil crónica y el hecho de que la gente no tiene qué comer: «¡La mordaz cruzada / de una carreta que arrastrar parece / una emoción de ayuno encadenada!» (132). El hecho de que las personas mueran por hambre le resulta escandaloso e intolerable. Critica la desigualdad y la inequidad en el reparto y le parece mortal y triste: «Y en esta hora fría, en que la tierra / trasciende a polvo humano y es tan triste» (132). Ello le indigna, pues le parece que está fallando el reparto, la distribución, es decir, el hombre no está siendo equitativo. En Vallejo, la crítica al sistema desigual e inequitativo es sincera y por ello su mensaje justiciero seguirá convocando a la solidaridad, única base para construir la libertad individual y colectiva como lo anhelaba.

En el poema «La cena miserable», se asume como poeta comprometido, puesto que para él se trata de luchar y denunciar esas estructuras económicas, políticas, laborales y sociales que generan la desigualdad, la injusticia y la miseria humana:

Hasta cuándo estaremos esperando lo que  
no se nos debe... Y en qué recodo estiraremos  
nuestra pobre rodilla para siempre! [...]

Ya nos hemos sentado  
mucho a la mesa, con la amargura de un niño  
que a media noche, llora de hambre, desvelado...

[...]  
Hasta cuándo este valle de lágrimas [...]

Hay alguien que ha bebido mucho, y se burla,  
y acerca y aleja de nosotros, como negra cuchara  
de amarga esencia humana, la tumba... (37).

Para Vallejo, mientras subsistan esas estructuras que generan la injusticia, la vida será amarga y miserable. Contra eso él se rebela, contra eso él se enfrenta abiertamente desde su estética justiciera. Su poesía se constituye en el arma de combate contra la injusticia.

El poema «Ágape» es también la expresión de la vida como contradicción, pues si el ágape significa el compartir la comida y la vida en un entorno de celebración amoroso y fraterno; aquí Vallejo critica la vida, ya que desde su experiencia de vida, nadie ha venido a verlo, ni ha preguntado por él, ni le ha pedido nada; al contrario, le han cerrado las puertas, lo han negado, lo han rechazado, lo han ninguneado. Ha sentido la más vil injusticia y eso lo culpabiliza: «Perdóname, Señor: qué poco he muerto!». Así entonces Vallejo desde su perspectiva crítica transforma el ágape como celebración fraterna en una «celebración» de la injusticia.

Mientras que en el poema «Los dados eternos», su espíritu de justiciero piadoso y de potencial marxista le hace criticar hasta al mismo Dios, ya que este se muestra indiferente, impotente y permisivo ante la desdicha humana: «Dios mío, estoy llorando el ser que vivo; / me pesa haber tomádotte tu pan; [...] // Dios mío, si tú hubieras sido hombre, / hoy supieras ser Dios; / pero tú, que estuviste siempre bien, / no sientes nada de tu creación. / Y el hombre sí te sufre: el Dios es él!» (145). Vallejo humaniza a

Dios para reclamarle por la injusticia que habita en la tierra, para reprocharle su indiferencia, su incompetencia en la solución de los problemas, su inclemencia ante tanta desdicha humana. Vallejo despoja a Dios de su condición divina y diviniza al hombre porque este es capaz de enfrentar la más cruel injusticia, la desdicha más inexplicable, el abandono más intenso: «el Dios es él». En este poema le encara a Dios que la injusticia de los humanos está corroyendo la vida misma hasta matarla: «Dios mío, y esta noche sorda, oscura, / ya no podrás jugar, porque la Tierra / es un dado roído y ya redondo / a fuerza de rodar a la aventura, / que no puede parar sino en un hueco, / en el hueco de inmensa sepultura» (145).

En el poema «Los anillos fatigados», el enfrentamiento hacia Dios prosigue, lo acusa y lo señala por tanta desesperanza y desgano que produce la injusticia: «Hay ganas de... no tener ganas, Señor; / a ti yo te señalo con el dedo deicida: / hay ganas de no haber tenido corazón» (146). La injusticia genera en el ser humano las ganas de «no tener ganas», incluso las «ganas de morir»; para no dejarse apabullar por sus efectos mortales. Aun así, es capaz también de tener «ganas de un gran beso que amortaje a la Vida» (146).

Asimismo, Vallejo expresó los efectos que causa la injusticia en el ser humano. En el poema «Nostalgias imperiales II», la injusticia impide ver el horizonte, pues es como: «un ciego sol sin luz gualda y mutila...!» (110). Mientras que, en el poema «Desnudo en barro», manifiesta que sin justicia la vida humana se vuelve cruel y nos hace crueles también, sin piedad, sin solidaridad: «[...] Y madrugar, poeta, nómada, / al crudísimo día de ser hombre» (135). Tanto es el efecto de la injusticia que quiebra los afectos más nobles, amargando la existencia y por ello el poeta escribe: «Mi corazón es tiesto regado de amargura» (86). Incluso la injusticia es capaz de adormecer y aprisionar a toda una legión de poetas que quieren denunciarla y desterrarla

de la vida, pero: «Cual hieráticos bardos prisioneros, / los álamos de sangre se han dormido» (87).

Finalmente, el sentido crítico de Vallejo se expresa también cuando denuncia la llegada de los españoles a tierras peruanas como un asalto, una invasión, un sometimiento, un abuso, como lo describe en el poema «Huaco»: «Soy el pichón de cóndor desplumado / por latino arcabuz» (119).

#### **4.4. El campesino y el bien vivir: «Arriero, vas fabulosamente vidriado de sudor»**

La justicia vallejana asume que el campesino es el dador de vida, es el que labrando la tierra preserva la especie vegetal, animal y humana al mismo tiempo. El campesino es el protagonista de lo que hoy se denomina el derecho a un ambiente sano y equilibrado y la propuesta de una justicia ecológica. Es por ello que Vallejo si bien le rinde homenaje al campesino por asegurarnos el «bien vivir», también denuncia las situaciones de injusticia y explotación que padece.

En su poema «Encaje de fiebre», siguiendo a Aristóteles, creía en una justicia distributiva y equitativa, en la que cada quien tiene lo que le corresponde: «Porque antes de la oblea que es hostia hecha de Ciencia, / está la hostia, oblea hecha de Providencia. / Y la visita nace, me ayuda a bien vivir...» (155). El «bien vivir» vallejiano es el *buen vivir* contemporáneo que los pueblos indígenas y las comunidades campesinas declaran como su moral comunitaria y su norma de vida comunal, política, ambiental y cultural.

Respecto a las condiciones laborales de los campesinos, Vallejo es testigo presencial de la explotación e injusticia que padecen por parte de los hacendados; ante eso no se calla y lo denuncia estéticamente, así lo expresa en su poema «Oración del camino»: «El valle es de oro amargo; / y el viaje es triste, es largo. // [...]

El valle es de oro amargo, / y el trago es largo... largo...» (118). Esos valles verdes de los campos de Santiago de Chuco y de los caminos aledaños que Vallejo observaba cuando hacía sus viajes, se transformaron en valles de «oro amargo» debido al abuso del que son víctimas los campesinos por la ambición y el saqueo de los recursos naturales por parte de los hacendados y terratenientes. Estos viajes por aquellos valles le resultan al poeta trayectos «largos y tristes» al ser testigo de dicha explotación laboral. Esta postura a favor de los campesinos explotados es la señal de su primigenia postura política, que se cuajara a lo largo de toda su vida y de su obra.

La explotación de los campesinos y el saqueo de sus territorios y de sus recursos, décadas más tarde serían denunciados por el general Velasco Alvarado y por ello impulsó la reforma agraria, a través de la que propuso recuperar la tierra para quien la trabaja. A esta propuesta revolucionaria, cuestionadora del *statu quo* y de transformación social y política, Vallejo ya se había anticipado y, desde su postura política y estética, lo plasmó en poesía, como se evidencia en el poema «Los arrieros»: «Arriero, vas fabulosamente vidriado de sudor. / La hacienda Menocucho / cobra mil sinsabores diarios por la vida. / Las doce. Vamos a la cintura del día. / El sol que duele mucho» (152). Como sabemos, la hacienda Menocucho se ubica entre el camino de Trujillo a Santiago de Chuco, y era el trayecto que Vallejo recorría cada vez que viajaba desde su Santiago natal hasta la Ciudad de la Eterna Primavera. Esos viajes eran para él su fuente de inspiración, indignación y de creación estética denunciando la injusticia que observaba directamente.

#### **4.5. La madre: «Desclávame mis clavos ¡oh nueva madre mía!»**

El poeta santiaguino no se resigna al dolorismo o al fatalismo que le pueda ocasionar la experiencia de la injusticia, sino que trastoca estos símbolos de lo injusto con la madre, su madre, símbolo por

excelencia de la justicia. La madre se constituye en el símbolo de lo tierno, amable y humanizante de la justicia. En el poema «Yeso» nombra a su madre como Eva, que en términos bíblicos es la primera mujer y creada por las manos de Dios. La recuerda cuando horneaba la comida con los nardos hechos leña y a ella se dirige para decirle: «“Eva” / desde un minuto horizontal, desde un / hornillo en que arderán los nardos de Eros» (106). En este poema recuerda a su madre cuando le daba de comer, cuando cantaba y se desvivía por sus hijos; su amor era tanto que hasta sangraba «[...] tu labio dándose, / y que se aja por mí por la vez última /, y que muere sangriento de amar mucho» (106).

La madre justiciera de Vallejo es aquella capaz de dar amor a pesar de la desobediencia e ingratitud, tal como escribe en el poema «A mi hermano Miguel»: «Me acuerdo que jugábamos esta hora, y que mamá / nos acariciaba: “Pero, hijos...”» (157). El poeta, ante la amenazante injusticia invoca a la figura de la madre como la personificación de la justicia y aquella que anuncia una nueva humanidad, tal como lo declama en su poema «Nervazón de angustia»: «[...] Desclávame mis clavos ¡oh nueva madre mía! / ¡Sinfonía de olivos, [...] // con gotas de curare, filos de humanidad» (79).

La justicia para Vallejo tuvo rostro de mujer y de madre, es la «heroína, intacta y mártir» (82) que cobija a la humanidad ávida de justicia y dispuesta a emprender un renacer: «tendrás bajo tus plantas a la Vida» (82). Mientras que en el poema «Medialuz» la justicia es la madre soñada y anhelada que vendrá a proveerle de comida: «he soñado una madre; / unas frescas matitas de verdura» (83). La justicia es representada por Vallejo en «Los pasos lejanos» como una madre, su propia madre: «Y mi madre pasea allá en los huertos, / saboreando un sabor ya sin sabor. / Está ahora tan suave, / tan ala, tan salida, tan amor. // [...] Hay soledad en el hogar sin bulla, / sin noticias, sin verde, sin niñez. // Y si hay algo quebrado en esta tarde, / y que baja y que cruje, /

son dos viejos caminos blancos, curvos. / Por ellos va mi corazón a pie» (156). Incluso Vallejo llega a excusar a la madre si es que acaso el mundo fuera un espacio del dolor y el sufrimiento, así lo escribe en su poema «Las piedras»: «Madre nuestra, si mis pasos / en el mundo hacen doler, / es que son los fognazos / de un absurdo amanecer» (142).

## 5. JUSTICIA PROFÉTICA: «AL FIN TÚ LLEGARÁS DONDE DEBES LLEGAR»

La vocación profética de Vallejo está presente desde *Los heraldos negros*. En este poemario asume que desde el vientre de su madre se sintió llamado por la justicia, se sintió un elegido para proclamarla, anunciarla, poetizarla, tal como lo escribe en «Deshora»: «Yo sé que estabas en la carne un día, / cuando yo hilaba aún mi embrión de vida» (104). Gran parte de su obra es una meditación y preocupación constante por la justicia, se desvivía por ella, tal como escribe en el poema «Fresco»: «Buenas noches aquellas, / que hoy la dan por reír / de mi extraño morir, / de mi modo de andar meditabundo» (105).

Si Vallejo fue capaz de denunciar la injusticia; también —cual profeta— fue capaz de celebrarla, tal como lo hizo en su poema «Nervazón de angustia», que con «dignidad roquera» (79) se resiste a victimizarse y ser condenado injustamente al igual que los antiguos griegos hicieron con Sócrates: «retira la cicuta y obséquame tus vinos: / espanta con un llanto de amor a mis sicarios» (79). Para defenderse y evitar más injusticia el poeta se aferra a la ley de los hombres que buscan la dicha y comprenden la angustia, como lo escribe en «Nostalgias imperiales III»: «En el muro de pie, pienso en las leyes / que la dicha y la angustia van trocando» (111).

Desde su profetismo también avizó, en el poema «Los arrieros», que la injusticia no tiene la última palabra y que el sistema feudal caerá, y el campesino será libre, será feliz, se irá en búsqueda de un nuevo destino por forjar: «Al fin tú llegarás

donde debes llegar, / arriero, que, detrás de tu burro santurrón, / te vas... / te vas... // Feliz de ti» (152).

Finalmente, en el poema «Pagana», Vallejo desde su dimensión profética proclama que la misión de la vida humana está llamada al cambio y a la evolución permanente: «¿La vida? Hembra proteica». La muerte como expresión de la injusticia no le impide cantar, contemplar, celebrar y amar: «Ir muriendo y cantando [...] // Contemplarla asustada, / escaparse en sus velos [...] y asirla en la mirada [...] // Tal un festín pagano. Y amarla hasta en la muerte» (144). De este modo, se evidencia que la justicia profética en *Los heraldos negros* es aquella que se denuncia cuando no se cumple, señalando las causas y las consecuencias, pero cuando esta se hace palpable, se celebra ávida y colectivamente como señal de que la vida y el bien siempre triunfarán.

## **6. LA UTOPIA VALLEJIANA: «AL BORDE DE UNA MAÑANA ETERNA, DESAYUNADOS TODOS»**

El paradigma de justicia en *Los heraldos negros* apunta a una utopía que atraviesa todo el conjunto de la obra vallejiana. Para Vallejo, la injusticia y la maldad no triunfarán, sino que será la justicia la que tenga la última palabra, pues la «hora final será de luz!» (82). Como se ha señalado anteriormente, la utopía vallejiana por la justicia se sustenta en el amor, la esperanza, el sentido crítico, el bien vivir y se personifica en el campesino y en la madre.

El carácter utópico de *Los heraldos negros* le hace confesar que posee un «idealista corazón» (149) y que por el ideal de la justicia «va mi corazón a pie» (156). La justicia se constituye en Vallejo en su sueño, en su utopía y en la perspectiva que le permite mirar más allá del firmamento, como lo escribe en «Nostalgias imperiales I»: «Más allá, de los ranchos surge al viento / el humo oliendo a sueño y a establo, / como si se exhumara un firmamento» (109).

En el poema «Absoluta», plantea que la necesidad de justicia será siempre la misma: «Amor contra el espacio y contra el tiempo! / Un latido único de corazón; / un solo ritmo» (34). Su ansia de justicia lo compromete y lo une a todas las personas que la buscan, que la reclaman y que luchan por ella con un amor inacabable. Esas ansias contra la fatalidad de la injusticia, no le hacen perder el horizonte de la utopía, aunque esta parezca lejana y frágil como una hebra, como parece indicar su poema «Líneas»: «¡La hebra del destino! / Amor desviará tal ley de vida, / hacia la voz del Hombre; / y nos dará la libertad suprema / en transubstanciación azul, virtuosa, / contra lo ciego y lo fatal» (137).

La utopía de la justicia vallejana no es un destino final, ni una quimera inalcanzable, ni un deseo que solo permite su propia autorrealización. Vallejo no está alejado de ese sentido de utopía; por el contrario, está dispuesto a ser el soldado de la justicia, quiere luchar por ella, pues por ella todo acto resulta heroico, ya que nos asegura la vida. Así lo escribe en «Romería»: «Y un soldado, un gran soldado, / heridas por charreteras, / se anima en la tarde heroica, / y a sus pies muestra entre risas, / como una gualdrapa horrenda, / el cerebro de la Vida» (93). De este modo, el proceso justiciero de Vallejo en *Los heraldos negros* transita de su deseo de proclamar la justicia a dar razones de esta; su corazón vehemente por la justicia, da el paso hacia los argumentos por ella. Así lo expone en el poema «Amor prohibido»: «iel corazón que engendra al cerebro! / [...] Platónico estambre / que existe en el cáliz donde tu alma existe!» (138).

Con Vallejo, la justicia es expresión y realización de la utopía anhelada; es la justicia en forma de afecto, de reconocimiento hacia el otro, de respeto a sus derechos, con lo cual el santiaguino se constituye en el poeta de la utopía justiciera, una utopía que es como «el más humano beso» (98). El deseo justiciero de Vallejo es concreto: se trata de que la gente tenga qué comer, y por eso

hace de su obra un instrumento para reclamar por justicia, con cuestionadora esperanza, a fin de realizar esa justicia humana que el poeta anhelaba para todos, pues: «todos se unen / en una cita universal de amor» (141).

La utopía vallejiana apunta a lo profundo de los seres humanos, a la «honda plomada», al destino por labrar e imaginar, a «la voz del Hombre» con mayúscula, como indicando al hombre auténtico, pleno y grande. Su utopía es hondamente humanista porque se centra en el protagonista de la vida y de la historia, el ser humano:

Hay tendida hacia el fondo de los seres,  
un eje ultranervioso, honda plomada.  
¡La hebra del destino!  
Amor desviará tal ley de vida,  
hacia la voz del Hombre;  
y nos dará la libertad suprema  
en transustanciación azul, virtuosa,  
contra lo ciego y lo fatal (137).

Vallejo, desde su proceso evolutivo como hombre y como artista, asume la decisión de transformar el mundo y la historia para que la persona se descubra a sí misma, y desde allí revele su vocación como ser humano ético y luchar contra la injusticia abriendo «[...] zanjas oscuras /en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte» (73). El drama de la injusticia que experimentan los hombres, y que él observa con compasión e indignación, lo arroja al mundo con decidido compromiso y apuesta a la utopía de la justicia de los «hombres humanos». El poeta no se siente derrotado, la injusticia no logra dejarlo sin aliento y esperanza, pues es capaz de reclamar, de ser escuchado y de recordarles que tiene una misión que cumplir en la vida, desde el inicio hasta el final, tal como escribe en «Espergesia»: «Hermano, escucha, escucha... / Bueno. Y que no me vaya / sin llevar diciembres, / sin dejar eneros» (160).

En ese sentido, en *LHN* se fundan las bases del humanismo jurídico-político y el paradigma de justicia que Vallejo elabora, recrea y desarrolla a lo largo de su vida y de su obra. La utopía justiciera se constituye en el horizonte ético de su legado y de su acción; es la utopía que él permanentemente reclama y proclama en «La cena miserable»: «Y cuándo nos veremos con los demás, al borde / de una mañana eterna, desayunados todos» (139). Es decir, no plantea una utopía irrealizable o inalcanzable, sino que se trata de aprender a convivir como hermanos y de reconocerse en el otro; esa es la base del paradigma de la justicia vallejana.

## **7. PROCESO EXISTENCIAL Y ESTÉTICO DEL PARADIGMA DE JUSTICIA EN LOS HERALDOS NEGROS: DEL «YO NO SÉ» AL «HASTA CUÁNDO»**

Luego de exponer la simbología, los pilares, el sustento, las características y el fundamento del paradigma de justicia que formula Vallejo en *Los heraldos negros*, se evidencia que esto responde a un proceso evolutivo de la persona, de la existencia y del artista llamado César Vallejo. Hay un inicio representado en el «Yo no sé», y un final planteado en un «Hasta cuándo», es decir, su poemario *Los heraldos negros* es el principio y fundamento de su estética justiciera, y es, además, el anuncio del proceso que experimentaría en su vida y en su obra: tesis, antítesis y síntesis; invención y reinención, creación y recreación; permanentes e interactuantes.

Vallejo inicia su primera obra poética, *Los heraldos negros*, con un «Yo no sé» desconcertado y angustiado, pero cierra el círculo de esta obra con un «yo no sé» más convencido y comprometido, como lo expresa en su poema «Líneas». El poeta está resuelto a hallar su destino y su vocación humanista, para ello seguirá a su corazón justiciero, solidario y libertario, y volverá a él de modo perenne: «Yo no sé si el redoble en que lo busco, / será jaderar de roca, / o perenne nacer de corazón» (137).

Posteriormente, el «yo no sé» adolorido de *Los heraldos negros* se ve superado al final de este poemario con un cuestionador «hasta cuándo» de «La cena miserable». El poeta está más seguro de ir en pos de la justicia, esa será su mayor utopía. El «hasta cuándo» denota su indignación y el fin de su paciencia, ya no está dispuesto a quedarse en la angustia, ni en la pasividad; ahora se pone de pie, se enfrenta, denuncia y confronta las causas y los responsables de las estructuras sociales, religiosas, filosóficas, económicas y políticas que generan la injusticia, la pobreza, la desigualdad, la exclusión. Así entonces el poeta cuestiona por siete veces:

- «Hasta cuándo estaremos esperando lo que no se nos debe».
- «Hasta cuándo la cruz que nos alienta no detendrá sus remos».
- «Hasta cuándo la Duda nos brindará blasones por haber padecido».
- «Y cuándo nos veremos con los demás, al borde de una mañana eterna, desayunados todos».
- «Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde yo nunca dije que me trajeran».
- Y repite dos veces: «Hasta cuándo la cena durará».

Cabe señalar que cada «Hasta cuándo» tiene un público objetivo al que se dirige, denuncia y reclama. Así entonces:

- 1) «Hasta cuándo estaremos esperando lo que se nos debe»: se dirige a los poderes económicos, a los que buscan obtener ganancias y dinero aun a costa de la vida misma y de los derechos de las personas. Este es el poder fáctico que gobierna el mundo y que está por encima del poder político. Vallejo lo había identificado y denunciado desde el inicio de su obra poética.

- 2) «Hasta cuándo la cruz que nos alienta no detendrá sus remos»: se dirige al poder religioso y eclesial que muchas veces termina siendo alienante, acomodado, conformista y alineado al poder de turno. Como cuando también se lo reclama en «Los dados eternos»: «Dios mío, si tú hubieras sido hombre, / hoy supieras ser Dios; / pero tú, que estuviste siempre bien, / no sientes nada de tu creación» (145). O como también se lo increpa en «Los anillos fatigados»: «[...] Señor; / a ti yo te señalo con el dedo deicida» (146).
- 3) «Hasta cuándo la Duda nos brindará blasones por haber padecido»: se dirige a los filósofos y los pensadores que solo consiguen adornar el argumento y la palabra con sus imágenes, sus razonamientos, sus oratorias vacías y sin propuesta práctica y real a los problemas cotidianos.
- 4) «Hasta cuándo este valle de lágrimas, a donde yo nunca dije que me trajeran»: se dirige a las familias, a la sociedad, al sistema educativo, a la clase política y a los espacios donde crecemos, nos formamos y vivimos. Estos espacios no están haciendo lo suficiente para que la persona sea protagonista de su propia historia y de la historia de la humanidad.
- 5) «Hasta cuándo la cena durará»: que repite dos veces, como poniendo el énfasis en las lealtades perdidas, en la solidaridad olvidada, en la esperanza traicionada, en la hermandad crucificada y en el compartir resquebrajado. Esta petición repetida es al mismo tiempo un llamado reiterado a organizarse y movilizarse, a comprometerse y unirse a la causa común: la justicia y la humanización del ser humano.

Cabe resaltar que en medio del poema «La cena miserable» se ubica el verso: «Y cuándo nos veremos con los demás; al borde / de una mañana eterna, desayunados todos», como advirtiendo que no se queda en el reproche, ni en la denuncia, sino que plantea un proyecto de vida y su propuesta política para

acabar con la injusticia y la desigualdad. «Y cuándo nos veremos con los demás; al borde de una mañana eterna, desayunados todos», está indicando que la unión, la solidaridad, el compartir, el asegurar el derecho a la vida, a la alimentación y a la integridad física, moral y emocional, deben ser la base para la construcción de una sociedad justa y equitativa.

El cuestionamiento de Vallejo hecho por siete veces indica, además, que estas deben ser las preguntas constantes, permanentes, como «setenta veces siete», que en términos bíblicos significa siempre. Son los cuestionamientos que se deben repetir las veces que sea necesario hasta que llegue el día en que estemos «desayunados todos».

En definitiva, *Los heraldos negros* se constituye en la puerta de entrada al misterio poético, antropológico, existencial y espiritual de la persona de César Vallejo, pero a su vez es la obra que apertura su estética justiciera y se convierte en el eje e hilo conductor de todo el conjunto de su obra: teatro, poesía, narrativa, periodismo y correspondencias.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

VALLEJO, César (1998). *Poemas completos*. Introducción, edición y notas de Ricardo González Vigil. Lima: Petroperú.

VELAZCO LÉVANO, Nilton César (2018). *Ya va a venir el día, ponte el alma. El humanismo jurídico-político y el paradigma de justicia en la obra de César Vallejo*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos/Fondo Editorial Universitario de la Universidad Nacional de Trujillo.